



La tuberculosis en la obra de Cela

Tuberculosis in the Work of Cela

■ Santiago Prieto

Resumen

La tuberculosis ha inspirado numerosas páginas de mérito. Camilo José Cela, que sufrió esta enfermedad en su juventud, la utilizó como argumento y adjetivo en muchas de sus obras. En este artículo se hace un recorrido por las numerosas referencias a la tisis que se hallan tanto en las novelas como en artículos, cuentos y "apuntes carpetovetónicos" del autor.

Palabras clave

Tuberculosis. Camilo José Cela.

Abstract

Tuberculosis has inspired many pages of merit. Camilo José Cela, who suffered this disease in his youth, used it as an argument and adjective in many of his works. This article covers the many references to tuberculosis that are found both in novels as well as articles, stories and "apuntes carpetovetónicos" of the author.

Key words

Tuberculosis. Camilo José Cela.

■ Si, en general, todas las enfermedades graves han servido de argumento literario, la tuberculosis en particular quizá sea la que ha inspirado más y mejor literatura. Así, desde que en 1848 Alejandro Dumas, hijo, publicara *La dama de las camelias*, o Thomas Mann *La montaña mágica* en 1924, y William Sidney Porter (O. Henry), el maestro norteamericano del relato breve, escribiera en 1905 el excelente cuento *Bruma en Santone*, y ello sólo por recordar unos pocos ejemplos excelsos nacidos a ambos lados del Atlántico, la tuberculosis ha subyacido, sobrevolado o servido de argamasa en un sinfín de páginas brillantes.

Uno de los más grandes escritores en lengua española, Camilo José Cela (Iria Flavia, aldea del municipio de Padrón, La Coruña, 1916; Madrid, 2002), autor de *Pabellón de reposo*, obra

El autor es Médico del Servicio de Medicina Interna del Hospital 12 de Octubre, Madrid.

que bien merece figurar en la gavilla antes citada, sufrió una tuberculosis pulmonar hacia los 18 años, algo que es esencial en su biografía y que nos recordará tanto en sus memorias como en otros de sus libros.

No puede sorprender la diferente forma en que CJC trata el tema en 1959 en *La rosa*, su primer libro de memorias (1), si se compara con el que, en 1993, titularía *Memorias, entendimientos y voluntades* (2), cuando se encuentra en sus momentos de mayor gloria. En *La rosa* hace un frío y escueto relato en tercera persona, que le sirve de introito a toda una vehemente declaración de intenciones. Transcribimos textualmente: "Con sus elementales filosofías el joven CJC adquiere una tuberculosis pulmonar. No importa; habrá que alargar los plazos señalados, pero no importa. La muerte es una abdicación. Agarrémonos, pues, a la vida como a un clavo ardiendo. No se debe morir a los veinte, sino a los cien años. Nuestro joven, en sus prolongados reposos, lee a Ortega entero y de cabo a rabo, en ejemplares que le presta Fernando Vela, amigo de su padre. Cuando termina con Ortega, nuestro joven devora la colección completa del Ribadeneyra: setenta tomos. El tomo setenta y uno —el de los índices— le servía para ir marcándose la diaria labor; no se salta ni una página, aunque no pocas páginas las encuentra pesadísimas. Cuando se da cuenta de que lee distraídamente, vuelve atrás. Cada volumen cumplido lo entiende como un triunfo, como una piedra más que se coloca en el trabajoso y necesario edificio. Los leyó por orden, mejor dicho, los leyó por el cuidadoso desorden con que el editor los ordenó... Come mucho y cuando vomita, descansa un rato, se bebe media taza de tila o manzanilla y vuelve a empezar. Cumple muy puntualmente —incluso exageradamente— el plan impuesto por los médicos y no se mueve en todo el día de la chaise-longue. La actividad del hombre —piensa— no es una actividad puramente animal, sino que habita dentro de su cabeza... lo que hay que hacer es curarse y modificar la propia circunstancia mejorándola... Antes de los veinte años no es tópico pensar y proclamar que el hombre es escultor de sí mismo. La lectura de Ortega moviliza y aclara al joven confundido por Nietzsche y desmoralizado por los escolapios y los maristas... Se cura y vuelve a la vida con mentalidad de triunfador, de hombre que ya ha probado que sabe superar las circunstancias adversas... No soy un enfermo y en cambio, sí soy un hombre que ha leído más, mucho más, y mejor que los demás hombres de su edad" (págs. 181–183).

Cela, en ese momento un muchacho desorientado y caprichoso, hace hincapié en sus lecturas (única actividad que le está permitida durante el prolongado reposo al que se ve sometido) y la energía que obtiene de ellas. Es fácil imaginar la fuerza de voluntad y autoestima que debía tener aquel mozo para enfrentarse a tamaña colección de clásicos, hasta terminarla con una lógica sensación de victoria y seguridad en sí mismo. Tal vez no sea exagerado decir que si la tuberculosis no hizo escritor a CJC, ya que el talento hubiera brotado antes o después en otras o parecidas circunstancias, sí contribuyó significativamente a ello.

En cuanto al estricto reposo y a la sobrealimentación, que a veces hace vomitar al embrión de escritor, eran el fundamento de lo que la medicina del momento aconsejaba. Basta leer lo que Marcos Lanzarot escribía, en 1940, en las *Lecciones de patología médica* de Jiménez Díaz:

"Las bases clásicas sobre las que descansa la cura higiénica son reposo, aire libre y sobrealimentación... La tuberculosis es espontáneamente curable, y observando los casos de curación espontánea y meditando acerca de su mecanismo, tenemos que comprender que dicha curación se produce merced a las manifestaciones reactivas del organismo frente a los venenos procedentes del germen, siendo razonable que, situando al organismo en las mejores condiciones de actuación, sea más fácil obtener su predominio" (3).

En *Memorias, entendimientos y voluntades* CJC nos da muchos más detalles de su enfermedad, ahora en primera persona y con un tono muy diferente: "Por entonces, a lo mejor fue algo más tarde, en el 1933 o en el 34, empecé a salir con las hermanas Nieves y Encarnita, que las dos estaban tísicas y yo creo que fueron las que me dieron el último empujón, ¡mala suerte!... Nieves y Encarnita eran muy guapas pero también muy putas y valientes, muy decididas y cachondas. Pastillas Aspaimé, defensa del aparato respiratorio, una peseta caja, catarros, laringitis, bronquitis, ronquera, asma, tuberculosis, etc., etc. Debe darse cuenta quien leyere que estas pastillas son aún mejores que el bálsamo Juanse, que no curaba sino las tisis incipientes; pues bien, pese a tomar pastillas Aspaimé, Nieves y Encarnita murieron las dos durante la guerra, se conoce que no pudieron resistir el hambre y las privaciones... yo guardo muy buen recuerdo de las dos y me puse algo triste cuando supe que ya no volvería a llevarlas nunca más a pasear por el Retiro. También me apena, e incluso me da muy molestos remordimientos de conciencia, la idea de que a lo mejor yo libré porque mis padres pudieron gastarse algún dinero en sobrealimentarme, en llevarme a buenos médicos, en comprarme medicinas caras y en meterme en un sanatorio de la Sierra. La vida, con frecuencia, no es demasiado justa con muchos pero tampoco debe uno ponerse demasiado sentimental porque ese no sería el camino del arreglo" (págs. 98-99); "me puse enfermo de cierto cuidado, ya se sabe, tuberculosis pulmonar, y mis padres me llevaron al Real Sanatorio del Guadarrama... Cuando la primera noche apagué la luz envuelto en el silencio, la soledad y la tristeza, me eché a llorar, me da un poco de vergüenza decirlo pero tampoco debo callármelo... El director... era el Doctor Partearroyo, un tisiólogo de mucha fama que también vivía en la calle de Claudio Coello... y el médico residente creo recordar que era el Doctor Vizcaíno que, cuando bajaba a Cercedilla, volvía dando traspiés y echándole la culpa al queso, como Mr. Pickwick. Allí me iniciaron el neumotórax en el pulmón derecho y estuve sólo un par de meses, hasta que me desaparecieron los bacilos" (págs. 102-103); "Como tengo que hacer reposo, como tengo que estar todo el día echado y comiendo, me leo la colección entera de los clásicos Ribadeneyra, los setenta tomos que tenía entonces, y Ortega, Baroja, Valle-Inclán, Dickens, Dostoievski y Stendhal, esas fueron mis primeras lecturas, y los primeros poetas de la primera antología de Gerardo" (págs. 112-113).

Aquí, Cela, si bien vuelve a recordar sus lecturas del momento, nos da detalles que no desveló en *La rosa*. Nos explica cómo cree que se contagió; cuenta cómo las jóvenes tuberculosas (dos personajes que con otro nombre utiliza reiteradamente a lo largo de la novela *San Camilo, 1936*) mueren durante la guerra; hace una somera reflexión sobre la tragedia

social que late en esas muertes; nos describe su llegada al sanatorio y sus momentos de debilidad, y hasta se permite un punto de humor con el médico que atribuyó su ataxia a la lactosa más que al etanol. Como vemos, el autor, ahora desde la perspectiva de sus 77 años y sentado en la inmortalidad, puede permitirse un tono impensable en la primera parte de sus memorias.

Cela aún hace otra referencia a su enfermedad, con una interpretación muy probablemente equivocada, en *El camaleón soltero* (4): "Conocí a María Zambrano en el 1934, teniendo ella treinta años, a través de su hermana Araceli, que era bellísima y con unas magníficas piernas y gastaba gafas, que estaba casada con el médico Carlos Díaz Fernández, que fue quien me curó la primera de las dos tisis que tuve de joven" (pág. 197). Tal vez, el escritor interpreta como "dos tisis" lo que debieron ser dos épocas bacilíferas de la misma enfermedad. Bastante tuvo con sufrir "sólo una", en una época en la que no se disponía de ningún tratamiento farmacológico eficaz para ella.

Pasando ya a su literatura no autobiográfica y siguiendo un orden casi cronológico, CJC publica en 1942 la primera de sus grandes novelas. Tiene 26 años y da a la luz *La familia de Pascual Duarte* (5), obra iniciática, violenta, áspera y arriesgada, que muy pronto pasa a ser un punto de referencia en la Literatura. Una obra de la que años más tarde dirá que "aireó una habitación que olía mal", y en la que no se hace ninguna referencia a la tuberculosis.

Al año siguiente, 1943, sale de la imprenta *Pabellón de reposo* (6), de la que en el prólogo apunta que no se atreve a calificar como novela, pero cuya esencia nos explicará en 1953 en la introducción (que lleva por título *Algunas páginas al que leyere*) de *Mrs. Caldwell habla con su hijo*: "en Pabellón de reposo intenté hacer el anti-Pascual. Algún crítico dijo que *Pascual Duarte* estaba muy bien, pero que había que verme en la piedra de toque del sosiego, de la inacción. Aunque no lo entendí mucho, como no soy amigo de polemizar, porque la discusión, como el amor y el afán de mando, me parecen un claro signo de deficiencia mental, escribí *Pabellón de reposo*, que es una novela donde no pasa nada y donde no hay golpes, ni asesinatos, ni turbulentos amores, y sí tan sólo la mínima sangre necesaria para que el lector no pudiera llamarse a engaño y tomar por reumáticos o luéticos a mis tuberculosos. Sin referencia geográfica, onomástica o temporal que permitiese su localización en una época o lugar determinados (salvo, quizá, la relativa y siempre muy aproximada, situación en el calendario que pudiera averiguarse por las terapéuticas empleadas con mis marionetas)... *Pabellón de reposo* es más bien una novela ensamblada como los pisos de parquet... y en la que no se atiende sino a los estertores, a las últimas luces de cada candil".

Pensamos que, junto a lo anterior, los catorce capítulos, el intermedio y el epílogo de *Pabellón de reposo* son literatura en estado puro, en la que, como suele ocurrir en las obras de mérito, el poso se halla en el aire que las rodea, o debajo del soporte que las sostiene, en este caso en el trasluz de cada página, o anclado en el desván de la memoria del que las goza. Así, *Pabellón* es el resultado de la suma de: a) *Descripción enjuta*: "los tuberculosos han dejado de ser abogados, de ser ingenieros, comerciantes, pintores, novios, insatisfechos amantes;

han dejado en un sitio ya remoto la carga pesadísima de sus jamás iguales caracteres... ahora ya no son más que enfermos, que enfermos del pecho" (pág. 118); "la señorita del 37 ya no sueña con sus mirlos pensativos y arrastra una agonía inmerecida y cruel" (pág. 126). b) *Teología no funcional*: "En un hombre a pocos pasos de la muerte, una blasfemia —Dios me perdone— puede ser la más espantada oración, el último grito que Dios recoja de su alabanza. El odio es el amor del despreciado" (pág. 156); "existe Dios, amada mía, pero no está de nuestra parte" (pág. 178). c) *Angustia en soledad*: "¿para qué ha servido esta plastia, que me ha deformado el cuerpo y va camino de torcerme el espíritu? ¡Ah, si yo hubiera tenido a quien preguntar, ¿qué hago?, ¿me opero?, ¿no me opero?; si yo hubiera tenido a quien pedir un poco de cariño, un poco nada más del mucho cariño que necesito! (pág. 140). d) *Crudeza*: "la señorita del 37 ha muerto" (pág. 131). e) *Observación*: "el muchacho del 14 es un imaginativo. Sus ojos son ahora más encendidos que nunca y su sonrisa más amarga, su nariz más afilada y su tez más pálida" (pág. 165). f) *Humor negro*: "El reglamento del sanatorio amenaza con la expulsión al desobediente y fumar está prohibido. No creo que nadie se entere, y aunque se enteraran, ¿cómo me iban a expulsar ahora que tan breves momentos me faltan ya para rendir tributo a la diosa tuberculosis? Y aunque me expulsen" (pág. 178). g) *Melancolía*: "Hace ya tiempo que no me viene a ver... ya no me coge la mano a solas" (pág. 137). h) *Esperanza*: "—Pues que la felicidad es más fácil de conseguir de lo que parece. —¿Y tú has sido feliz alguna vez? —No; jamás. Pero no desconfío en serlo todavía" (pág. 143). i) *Resignación*: "Mi querido amigo: Gracias, muchas gracias, por su promesa de no abandonar ni un solo instante a mi mujer y a mi hija. Era lo único que me faltaba para redondear mi felicidad hoy... Esta pluma con la que escribo quiero que sea para usted. Con ella gané mucho dinero; pero usted no olvide que con ella también he escrito las únicas palabras sinceras de mi vida. Un abrazo de B" (pág. 204). Y j) *poesía*: "Tu vida ya no es vida, ni tu mirar mirada" (pág. 172). Letras seguidas de paréntesis a las que el lector podrá añadir las que desee, según le guíen su voluntad y estado de ánimo, hasta completar el abecedario.

Viaje a la Alcarria ("quizá mi libro más sencillo, más inmediato y directo", dirá en la introducción que escribe en la edición de 1963) aparece en 1948 en *Revista de Occidente* (7). Alude en él a la tuberculosis en dos ocasiones, ambas en el capítulo dedicado a Brihuega: "la señorita bebe vino blanco y toma Tricalcine. Es una chica pálida, con las manos bien dibujadas... De cuando en cuando tose un poco" (pág. 51); y "es un jardín romántico... para morir, en la adolescencia, de amor, de desesperación, de tisis, de nostalgia" (pág. 64).

En 1951 Cela publica *La colmena* (8), tal vez su obra más redonda y una de las grandes novelas de la historia de la Literatura. La escribe durante los años más duros de su intrahistoria, cuando sólo ha empezado a dejar atrás el túnel de la enfermedad, la miseria y la duda ("es posible que los años 1940, 41 y 42 hayan sido los más amargos de mi vida", cita 2, pág. 327), y para él este texto "no es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, entrañable y dolorosa realidad"; una novela que "no aspira a ser más —ni menos, ciertamente— que un trozo de vida narrado paso a paso". Quizá esas frases sean un ejemplo de

cómo un objetivo aparentemente sencillo puede cristalizar en un resultado grandioso. Así, *La colmena* es, por encima de todo, un universo vital en el que un sinfín de personajes imaginarios y reales giran, anárquica y a la vez ordenadamente ("su arquitectura es compleja, a mí me costó mucho trabajo hacerla", reconoce en la *Nota a la primera edición*), para acabar concretándose en un círculo en el que todo cuadra. Un círculo en el que, además de ese corro de personajes, los protagonistas son el cutre Madrid de la postguerra, el frío, la tristeza, la enfermedad y la penuria, cubierto todo ello por el pesado manto del miedo; pero, a la vez, la vida... la inexorablemente triunfante vida.

Con esas premisas, y teniendo en cuenta que la tuberculosis en España fue hasta bien superados los años cincuenta un problema social y sanitario de primera magnitud, no pueden extrañar las alusiones que a ella hace el autor en los seis capítulos en los que divide la novela.

Así, en la página 25 deja caer la pregunta: "¿cuántos tuberculosos habrá ahora en este café?", para contestarla más adelante: "Don Jaime de Arce no piensa ni en los espejos ni en las viejas pudibundas, ni en los tuberculosos que albergará el café (un diez por ciento aproximadamente)" (pág. 63). También la cita sin nombrarla: "Alfonsito es un niño canijo, de doce o trece años, que tiene el pelo rubio y tose constantemente. Su padre, que era periodista, murió dos años atrás en el Hospital del Rey" (pág. 65); o se refiere a ella como de pasada: "El marquesito, que se llamaba Santiago y era grande de España, murió tísico en El Escorial, muy joven todavía, y el reló quedó posado sobre el mostrador del café, como para servir de recuerdo de unas horas que pasaron" (pág. 69).

En el capítulo II vuelve a aludirla en un párrafo amargo: "Hay gentes a las que divierte ver pasar calamidades a los demás; para verlas bien de cerca se dedican a visitar barrios miserables, a hacer regalos viejos a los moribundos, a los tísicos arrumbados en una manta astrosa, a los niños anémicos y panzudos que tienen los huesos blandos" (pág. 74).

La muchacha enamorada de un tuberculoso aparece en el capítulo III, y a partir de ese momento cita a ambos reiteradamente y siempre con un punto de afecto, hasta convertirlos en uno de los nervios conductores de la obra: "La chica tenía un novio, a quien habían devuelto del cuartel porque estaba tuberculoso"; "Un día que Victorita estaba pálida y demacrada, Paco le preguntó: ¿qué te pasa? —Nada, que he estado pensando. —¿El qué pensaste? —Pues que esto se te quitaba a ti con medicinas y comiendo hasta hartarte" (pág. 149). Como vemos, surge la idea, entonces y aún hoy tan firmemente asentada entre los que vivieron aquella época, del poder terapéutico de la alimentación en el tratamiento de la tuberculosis. En el capítulo IV se desarrolla esa parte de la historia: "Victorita, a la hora de la cena riñó con su madre. —¿Cuándo dejas a ese tísico? ¡Anda, que lo que vas a sacar tú de ahí!... Si mi novio está malo, bastante desgracia tiene para que tú estés todo el día llamándole tísico" (pág. 171). "En su familia había una vena de tísicos; a un hermano suyo que se llamaba Paco le habían devuelto del cuartel porque ya no podía ni con su alma" (pág. 175). "lo del novio, todo el mundo lo dice, se cura con mucha comida y con inyecciones; por lo menos, si no se curan del

todo, se ponen bastante bien" (pág. 178). "—¿Cuándo dejas a ese tísico, niña? —¡Nunca lo dejaré! Los tísicos dan más gusto que los borrachos" (pág. 196). Unas páginas más adelante, el autor nos hace reparar en esos mudos puntos de apoyo que son los bancos de las calles: "Los bancos callejeros son como una antología de todos los sinsabores y de casi todas las dichas: el viejo que descansa su asma, el cura que lee el breviario... el tísico que se fatiga" (pág. 202); para recordarnos muy pronto al novio enfermo: "porque a su hermano Paco le había agarrado la tisis con saña" (pág. 207).

En el capítulo V sólo se hacen dos alusiones a la enfermedad específica: "Ocupando los cuatro balcones de la calle, el consultorio de don Francisco exhibe un rótulo llamativo que dice: Instituto Pasteur-Koch. Director-proprietario, Dr. Francisco Robles. Tuberculosis, pulmón y corazón. Rayos X, Piel, Venéreas, Sífilis" (pág. 231); "Los hermanos viven solos. Al padre lo fusilaron, por esas cosas que pasan, y la madre murió, tísica y desnutrida, el año 41" (pág. 256). Ya en el capítulo VI nos recuerda por última vez a Victorita: "La muchacha, por las mañanas tiene una tosecilla ligera, casi imperceptible. A veces coge algo de frío y entonces la tos se le hace un poco más ronca, como más seca. —¿Cuándo dejas a ese tísico desgraciado? —le dice, algunas mañanas, la madre" (pág. 274). Y siempre nos quedará la duda de si la enamorada, la derrotada y abnegada Victorita, terminó contagiándose.

Garito de hospicianos aparece también en 1951 (9), y en esta colección de 104 relatos breves, en la que no cita a la tisis, Cela nos da una memorable visión de la literatura: "Todo un amplio rincón de la literatura... se puebla de invenciones y ofuscaciones, alucinaciones y figuraciones, de engaños y de arbitrios, de cegueras y de fingimientos... que todo sirve para cocer en el caldero bullidor del corazón del hombre, en la sartén donde chisporrotea la veleidosa y ridícula fritanga de los sesos del hombre" (pág. 9).

En 1953 es editada **Mrs. Caldwell habla con su hijo** (10), obra tan poética como de difícil escritura debió ser para el autor, y cuya introducción aprovecha, como vimos, para explicar los porqués de *Pabellón de reposo*. Mrs. Caldwell es tuberculosa: "Una mancha de sangre en la almohada, hijo mío... es del pulmón; toso mientras duermo... Me hizo muy poca ilusión el diagnóstico del médico, Eliacim" (pág. 213). Unas pocas páginas antes, Cela se ha permitido unas líneas de humor que ayudan a tomar aliento en un texto que ha ido abrumando, inelentemente, al lector: "Son curiosas las conclusiones de la II Asamblea de la LIBAR (liga de los Bacilos Ácido-Resistentes) que se celebró, hace ya algún tiempo, en Hamburgo... En esta Asamblea no se trató sino una cuestión: El exterminio de la especie humana, jalón necesario para la conquista del poder... Herr Augustus Friendenberg, en cuyos pulmones se venían celebrando las sesiones de la LIBAR, quiso acabar con la Asamblea y recurrió al rimifón, la estrep-tomicina y al neumotórax... ¿Por qué, se preguntaba Herr Augustus, han de ser mis pulmones sede permanente de la LIBAR? Que se vayan a Liverpool, que tampoco tiene mal clima... El género humano para la LIBAR se divide, a afectos de exterminio, en tres grupos, A, B y C. Al A pertenecen aquellas personas a quienes conviene eliminar cuanto antes (médicos, químicos, filántropos, etc.); al B los seres humanos cuya destrucción no debe ser desaprovechada si se

presentan circunstancias propicias (farmacéuticos, arquitectos, etc.), y al C, aquellos otros que... conviene reservar hasta el final (políticos, estrategas, fabricantes de armas, etc.)" (págs. 178–180). Hallamos, además, en este libro otras dos alusiones a la enfermedad en cuestión: "La gente pasa por la calle, Eliacim, la dolorosa, entumecida gente... hijo mío, con sus desnudaciones, sus lesiones tuberculosas" (pág. 225); "Me lo dijo un radiólogo checo, Eliacim, un verdadero sabio especializado en obtener radiografías de esculturas, hijo mío, el hombre que descubrió que el *Pensador*, de *Rodin*, tenía una cavidad en el hilio derecho" (pág. 231).

Cela escribe *La catira* entre febrero y septiembre de 1954, y la publica al año siguiente (11). Asombra pensar que una novela construida casi exclusivamente con venezolanismos, lo que sin duda tuvo que obligar al autor a una laboriosa documentación lexicográfica, pudiera ser creada en tan breve tiempo. *La catira* (catire, a: rubio–pelirrojo/a, de ojos verdosos, habitualmente hijo/a de blanco y mulata, o viceversa, según el Diccionario de la RAE) es todo un arquetipo de mujer, decidida, roqueña y enérgica hasta la crueldad, a cuyo alrededor gira la narración. En esta obra se hace una cita a la tuberculosis de forma alegórica, referida a animales enfermos: "—ese ganao lleva el jierro e el Pederal. —Sí, don, y que mesmo parece tísico, e calambeco [flaco] como ta" (pág. 47); y otra en un personaje secundario enfermo: "Pa mí que el Cleofita se nos ha picao [enfermado de tuberculosis] compae... —Y pué se, compae, pero yo lo veo y muy tomao por la escupitina, ¿sabe?, y con el andá renqueante, pues" (pág. 193); "El hijo Cleofa ni por esas puede sujetar la tos. Sí, el hijo Cleofa debía andar algo picao" (pág. 208); "—A mí me parece... que este pión esgraciao ta ya en pico e zamuro [ave carroñera], ¿sabe?, no me lo juerce, pues, a trabajar" (pág. 212); "—El hijo Cleofa se fue para el Pederal y, al poco tiempo, tuvo dos o tres vómitos de sangre seguidos y se murió. Catalino Borrego mandó quemar sus corotos [trastos] y sus macundales [trastos en sentido peyorativo]" (pág. 213).

En el mismo año 1955 en que *La catira* sale de las prensas, ve la luz *El gallego y su cuadrilla* (12), una colección de 64 "apuntes carpetovetónicos". Cela consideraba que el apunte carpetovetónico "pudiera ser algo así como un agridulce bosquejo entre caricatura y agua-fuerte, narrado, dibujado o pintado, de un tipo o de un trozo de vida peculiares de un determinado mundo: lo que los geógrafos llaman, casi poéticamente, la España árida". En cuatro de esos apuntes se alude a la tisis. Así, en el titulado *Doña Concha*: "Doña Concha es una dama tísica y espirituada, larga y suspiradora. Viste de negro"; en "Orquesta en el local" encontramos la suspicacia de un celoso: "—¿Por qué miras a ése? —¿A quién? —A ese del bigotillo; a ese niño litri que parece un tísico. —Pero si no lo miro"; en el apunte *Autobús a la estación* el autor nos cuenta que: "A la tertulia iba un muchacho muy jovencito que había querido estudiar para cura, pero al que tuvieron que echar del seminario porque estaba medio tísico y a lo mejor acababa contagiando a todo el mundo"; por último, en *La casa de enfrente* la referencia es explícita: "La mujer enferma no estaba más pálida, y el racimo de niñas del balcón tampoco estaba más triste. Un vaho de hambre llena de calor y ahíta de bacilos se escapaba, Dios sabrá a dónde, por el balcón del tercero".

Judíos, moros y cristianos (13) es editada en 1956. De esta obra el autor nos dirá años más tarde en *Páginas de Geografía Errabunda* (en el capítulo *Etnología por Castilla la Vieja*, pág. 69) que "es el cuaderno de bitácora de las singladuras por el anchuroso mar de Castilla la Vieja". En ella alude a la tuberculosis en dos ocasiones; una como insulto: "En Arenas, las señoritas de la colonia toman baños de sol y enseñan las piernas y los hombros; antes los mozos les tiraban piedras y les llamaban tísicas y otras cosas peores" (capítulo VII, pág. 281); y otra jocosa en el seno de la fértil imaginación de un mendigo: "Un socorro, por amor de Dios, a un desdichado padre de nueve hijos mudos que tiene la mujer tísica y sin curación. A veces, los aficionados a las penas del prójimo son algo durillos de pelar. Debe insistirse... Un socorro, hermanita... a un desdichado padre de familia, enfermo del corazón y de la próstata, que tiene nueve hijos mudos y tres tontos, los pobrecitos, y la esposa tísica pasada y echando sangre por la boca" (pág. 290). Asimismo, en este libro (repárese en el año de edición) hallamos dos párrafos que, además de invitarnos a la reflexión, pensamos ayudan a conocer al escritor: "Al vagabundo, que ama a España sobre todas las cosas, le duele ver que a España, desde hace trescientos o cuatrocientos años, se la vienen merendando, sin tregua ni piedad, la estulticia, la soberbia y la socarronería: ese gorgojo de tres patas que pudre las almas en las que hace nido (capítulo VI; pág. 236); y, más adelante: "Está contento el vagabundo, muy contento... pisa fuerte la tierra, pudiera suceder que por saberse vivo: lo que no es ruin premio ni nada despreciable recompensa (capítulo VII; pág. 286).

En el mismo 1956 Cela publica *Del Miño al Bidasoa* (14). Si *Judíos, moros y cristianos* es una obra escrita "hacia dentro", ascética y abrumada por la geografía y, en especial por la historia, *Del Miño al Bidasoa* destila presente y la jugosa vitalidad del paisaje. Aquí la tuberculosis apenas es citada de pasada en un par de ocasiones: "caminan a su lado dos osos, una mona tísica y casi calva" (pág. 103); y "Pues va a la doña Patro, le paga dos o tres duros, o lo que cobre, y ella dice unas palabras mágicas, y a su amigo le da el tifus, o la tisis, o algo por el estilo, a elegir. —¿Y sólo por tres duros?" (pág. 276).

Nuevo retablo de don Cristobita (15) ve la luz en 1957, y aquí Cela recoge los cuentos que había incluido en *Esas nubes que pasan* (1945), *El bonito crimen del carabnero* (1947) y en parte en *Baraja de invenciones* (1953). En dos de los relatos aparecen sendos tuberculosos: "Catalinita... intentó seguir cantando pero no pudo. Tosió un poco, se apoyó con las dos manos sobre el teclado, que hizo un ruido como si le cantaran las tripas, y arrojó un poco de sangre. Catalinita tardó aún año y medio en morir"; y en "La última carta de sir Jacob. Joven sentimental" el autor hace una observación que bien pudiera ser autobiográfica: "En vuestro país, como las enfermedades están sabiamente repartidas, no os dais cuenta de lo que significa toser a cambio de conocer el sabor de la sangre en el pecho".

Durante los años cincuenta Cela publica varias novelas breves: *Santa Balbina, 37, gas en cada piso* (16), *Timoteo el incomprendido* (17), *Café de artistas* (18) y *El molino de viento* (19) que salieron de la imprenta en 1951, 1952, 1953 y 1956, respectivamente. Obras "de subsistencia", en las dos primeras no cita a la tuberculosis, pero en *Café de artistas*

(capítulo IV) escribe: "La hoja de papel titulada planteamiento decía: Ella... Número de hermanos: once más, pequeños y pretuberculosos. (A causa de las privaciones)"; y en *El molino de viento* aparece la tisis en cuatro ocasiones, una como insulto en boca de una mujer de tronío y las otras como causa de muerte: "¡Pues sí, qué mujerona! ¿Qué pasa? ¡Y a mucha honra! ¡Más vale tener que desear, tía tísica! ¡Mucho ricito y mucho dengue es lo que tiene, cacho histérica!" (pág. 17); "Anastasia Cilleros, la comadrona, tenía siete hijas vivas. La más joven, Pilar, se había muerto tísica hace ya cuatro o cinco años" (pág. 31); "acuérdesse usted del Desiderio sin ir más lejos, que murió tísico por los abusos" (pág. 60); y, "Desiderio Vilviestre —un descarado vivalavirgen que murió tísico, de tanto abusar—" (pág. 87).

En 1958 salen de la imprenta *La familia del héroe* (20) y el conjunto de relatos cortos titulados *Los ciegos* y *Los tontos* que es publicado con el título global de *Historias de España* (21). En *La familia del héroe* escribe: "Este Angelino se casó con una moza toledana, la Socorrito Cebolla, que estaba medio tísica y murió de parto" (pág. 18). De un ciego nos dice: "El acuarelista Hugo Senantes, en sus tiempos de estudiante de magisterio, tuvo la pleura delicada y echaba sangre por la boca"; y, al referirse a "Paquito Malpica, alias Guijo" cuenta que: "el alguacil pudo ver que al muerto le chorreaba de los cueros un agua verde, dulce y suave, como la baba de los más tiernos poetas o de las más tísicas bailarinas de ballet".

Cela publica su *Primer viaje andaluz* (22) en 1959, y también en este libro aparece un personaje con la enfermedad específica. La descripción de la toracoplastia, con el característico humor naturalista y un tanto brutal del autor, aparece al final: "La señorita Gracita Garrobo, en las tablas Manuela la de Gerena, tenía —¡cómo no!— un hijo en las monjas. Al padre de la señorita Gracita Garrobo le habían aplastado unas costillas en el hospital porque echaba algo de sangre por la boca... Las señoritas Garrobo vivían en la Calle del Ataúd, con su padre tísico, su hermano tonto, el Chato de las Escuelas Pías y las dos criaturitas que le llevaba hechas —por eso del querer— a la cantaora... A la mañana el vagabundo se rascó el bolsillo y mandó a la señorita Gracita Garrobo a buscar tejerings para la comunidad: el tísico, el tonto, el limpia, la hermana, las dos niñas, ella y él" (pág. 245).

Tobogán de hambrientos (23) es editada en 1962, y en este compendio de relatos breves el autor vuelve a hacer referencia a varios tuberculosos: "El Blas, siendo mocito, estuvo algo delicado de la pleura, después se puso bueno y se conoce que la gotera se le secó..." (pág. 171); "la Leoadita se casó muy enamorada de un muchacho que estaba picado de la pleura y que duró no más que el tiempo necesario para dejarla esperando gemelos" (pág. 230); y "—Gutiérrez, este chico está medio tísico, es más probo que nadie, lo malo es que no va a durar más que un suspiro" (pág. 275).

Al año siguiente, 1963, el autor alumbra *El solitario, Las compañías convenientes* y *Once cuentos de fútbol* (págs. 24–26), y tan sólo en la última de ellas, en el relato *Como perro por carnestolendas*, aparece la enfermedad en cuestión: "Don Felipito es un enano muy aplicado, que gasta medio tacón, escribe versos y duerme de redecilla (como las tuberculosas coquetitas de hace treinta años...)". Es en esta obrita en la que, además, hallamos la enjundiosa

cita de Picasso: "Cuando se es joven de verdad, se es joven para toda la vida" (pág. 13).

Cela publica *Izas, rabizas y colipoterras* (27) en 1964, y en esta obra más doliente que jocosa, en la que si bien no aparece la tuberculosis, sí encontramos un párrafo que pensamos merece la pena recordar: "En la noche se ama no más que para huir del yermo desierto de las horas que el corazón pintan de negro" (*Tranco de las Rabizas*, pág. 46).

En 1965 ven la luz otros dos libros de viajes del autor: *Páginas de geografía errabunda* (28) y *Viaje al Pirineo de Lérida* (29), obras sobre todo de relectura, en las que no se hace ninguna referencia a la tisis; pero, como es difícil no hallar en cualquier obra del autor-caminante una idea digna de recuerdo o meditación, en la primera de ellas destacamos: "El caminar no es un castigo sino, exactamente, un premio que no se niega a quienes, porfiadamente, lo buscan" (pág. 8). A su vez, en *Viaje al Pirineo de Lérida* hallamos un personaje que mientras vivió se hizo entrañable: "un perrillo sin amo, mil leches sentimental, peludo y pícaro... el chucho de Esterri se presentó ante el viajero meneando la cola en señal de paz... cuando al cabo de probar y probar, le dijo Llir, que es la forma antigua y poética del catalán lliiri, lirio, el gozquecillo rompió a pegar tales y tan desafortunados saltos, que el viajero entendió bien a las claras que si no se llamaba así, sí así quería llamarse para siempre" (págs. 102-103).

No es una casualidad que haya sido Cela el autor de dos obras esenciales en nuestra lengua, como son el *Diccionario secreto* (30) y el *Diccionario del erotismo* (31), publicados entre 1969 y 1971, y entre 1976 y 1982, respectivamente. Era necesaria una enorme capacidad de consulta y de trabajo unida a la seguridad en sí mismo, talento y energía del autor para sacar a la luz tan ingente volumen de páginas vivas y de calidad, dedicadas a palabras y temas proscritos por los bienhablados y eruditos oficiales. Y es que, si no hubiera quedado claro en el resto de sus obras de creación, es en estos dos Diccionarios donde remata la que nos parece la cualidad personal más destacada de Cela: la vitalidad. Acaso nada resume mejor el por qué de ambas obras lo que él mismo nos dice en la introducción al *Diccionario del erotismo*: "Llevo ya mucho tiempo tratando de convencer al paisanaje de dos cosas: de que el eufemismo se ahoga en su propia y aséptica mugre y de que las palabras no pueden ser sustituidas por frases sin grave detrimento de la lengua... al español parece como darle vergüenza hablar en español".

San Camilo, 1936 (32) es considerada cronológicamente como la segunda de las novelas de la trilogía de Cela sobre la guerra civil; (*La colmena*, 1951, y *Mazurca para dos muertos*, 1983, serían las otras dos). Publicada en 1969 con una dedicatoria ("A los mozos del reemplazo del 37, todos perdedores de algo: de la vida, de la libertad, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia. Y no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas, que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie había dado vela en nuestro propio entierro") que los caínes de guardia convirtieron precozmente en polémica, *San Camilo* tal vez sea la mejor y más comprometida, la más dramática y más autobiográfica de las obras de Cela. Contada de corrido, apenas puntuada y desarrollada como *La colmena* en Madrid, cuyos grises habitantes vuelven a sufrir, uno a uno, una historia en la que no hallamos héroes ni arque-

tipos; una historia en la que el protagonista ahora no es el miedo de un pueblo enfermo y aterrado, sino la estupidez de ese mismo pueblo que lleva siglos creyendo en la magia y vocifera mientras corre sin freno camino del despeñadero.

Y, como no podía ser de otra manera, en esta novela son frecuentes las referencias a la tuberculosis. A lo largo de sus páginas hasta en 31 ocasiones son citadas "las tísicas Lupita y Juani", que se convierten en uno de los hilos conductores de la obra. Valga de ejemplo: "Son guapas las dos hermanas tísicas a las que paseas por el Retiro" (pág. 19); "la Lupita y la Juani toman Tricalcine y ferroquina Bisleri pero no se les nota, cada día están más escurridas y con más ojeras" (pág. 54); "Las tísicas armaron una vez una bronca fenomenal en el té baile que el Club de las Solteras organiza los jueves y los sábados en el Metropolitano, no se les ocurrió cosa mejor que llamar marica al autor del himno del Club" (pág. 117). Además, Cela nos cuenta: "tú fuiste a la dominical tertulia de María Zambrano llevado por tu médico Carlos Díaz Fernández, cuñado de María, que te pone el neumotórax te da ánimos y te presta algunos libros" (pág. 54); y hace algunas reflexiones que pueden ser recuerdos de su paso por el sanatorio del Guadarrama: "tú no eres más que un pobre diablo minado por el bacilo de Koch y la lujuria... son la soledad y la tristeza los sentimientos que dan pábulo a la lujuria y a la tuberculosis" (pág. 134); "tuberculosis pulmonar sí tienes pero sarna o ladillas no... la tuberculosis es más difícil de curar, hay que ser rico paciente o capón o al menos casto y virtuoso, las medicinas son caras... la tuberculosis sirve para dar interés a la muerte pero sobre todo para componer poesías y ver el lado bueno de las cosas" (pág. 220).

En 1972 el autor revela *Fotografías al minuto* (33), publicado previamente como *Nuevas escenas matritenses*, un precioso libro dividido en siete carretes, cada uno con nueve historias fraguadas sobre otras tantas fotografías de Enrique Palazuelo. En seis ocasiones hace referencia aquí a la tisis, bien como enfermedad o como adjetivo peyorativo: "Nicasio Alcoba está algo tísico —tampoco mucho— y por las primaveras y los otoños suele escupir un poco de sangre, nunca demasiada" (pág. 11); "—Hombre, sí; el pus está plagadito de microbios de todas clases: microbios del tifus, microbios de la tuberculosis" (pág. 24); "uteros de mañas abnegadas, novillos magüetos... y bureles magantos, abantones y medio tísicos" (pág. 60); "Blanquito el de las Zancarronas se atreve con el cante grande... Es una lástima que esté tan amargado y tan tísico" (pág. 221); "¡Anda ahí que la zurzan, cacho guarra, tísica, más que tía tísica!" (pág. 258), y "El novio de Adelita se llamaba Desiderio Ortigosa Trujillo y era ojisal-ton [bocio], pechihundido [tisis] y cojitranco [polio], al pobre no había por donde cojerlo" (pág. 280). Encontramos, además, en esta obra una frase que es toda una premonición: "El día menos pensado a don Camilo le dan el Premio Nobel y entonces, ¡qué cachondeo!, será el cruzir de huesos y el rechinar de dientes" (pág. 45).

Oficio de tinieblas 5 (34), compuesto de 1.194 mónadas, es un libro inclasificable ("naturalmente, esto no es una novela sino la purga de mi corazón", leemos en el introito), cuya clave tal vez resida en la cita inicial que hace de Unamuno ("La literatura no es más que muerte"). Es editado en 1973, y también aquí recuerda a la tisis en varias mónadas (m.): "hacia falta

tener muy buen oído un oído de músico tísico para escucharlo (m. 43); "con qué fruición de ciclista tísico ama a los jóvenes" (m. 134); "las setecientas setenta y siete cartas de tu novia filipina tuberculosa... (m. 594); "su clientela de enfermos bronquíticos tísicos sifilíticos asmáticos" (m. 898); "la amante afgana de tu primo y tu prima filipina tuberculosa se ensayan en el tiro de pichón" (m. 960); "las novelitas amorosas del siglo XIX con héroes sifilíticos heroínas tuberculosas" (m. 1142); "a la puerta de un sanatorio antituberculoso siempre hay un avestruz vestido de pierrot que tose escupe sangre" (m. 1150).

Rol de cornudos (35) que, según el autor, "no se trata de un libro sino de una suma de papeletas eruditas coleccionadas con el sólo propósito de facilitar una herramienta al sabio que la hubiere menester", aparece en las librerías en 1976. Ejemplo del transgresor, jocosos y un punto atroz humor de CJC, y con un toque de comprensión por los damnificados protagonistas, incluye un recuerdo para el "cornudo tísico: el que se desahoga en toses y licencias líricas. Es especie soñadora y proclive al delicado y lujurioso parcheo en los cines de sesión continua, en los parques públicos o donde se tercié" (subtipo o variedad cccxxx; pág. 188).

Mazurca para dos muertos (36), la obra maestra que cierra la trilogía de CJC sobre la guerra civil, es editada en 1983. Si *La colmena* es la posguerra y *San Camilo*, 1936 son los tres días que rodean el alzamiento, y ambas se desarrollan en Madrid, *Mazurca...* es una parcela de la guerra civil en la Galicia rural. No faltan en ella varias alusiones a la tuberculosis: "Llueve sobre las aguas del Arnego, que pasan moviendo aceñas y espantando tísicos" (pág. 11); "su difunta Puriña, que murió tísica," (pág. 19); "No se la menees al mono, da gusto pero trae mala suerte, además está tísico" (pág. 55); "Puriña Moscoso, la mujer de Matías Gamuzo, Chufeteiro, murió tísica, era muy lánguida y espirituada y murió tísica" (pág. 126); "El mono Jeremías está cada vez más tísico y vicioso" (pág. 132); "Florián Soutullo fue guardia civil del puesto de Barco de Baldeorras, era buen gaitero y entendía mucho de apestados, tísicos, leprosos" (pág. 176); una cita que parece autobiográfica: "La Catalina tomó cartas en el asunto y defendió al artillero Camilo, a ella no le tocaban a su tropa, —¡Largo de aquí, tísica, descárrada...! (pág. 183). Y, por último, la transcripción de la autopsia de un cadáver con hallazgos de pretérita tuberculosis pleural: "cavidad torácica... adherencias interpleurales en hemitórax derecho con signos de fibrosis dura en zona apical derecha, tal vez por un antiguo proceso fímico" (pág. 253).

Más crónica surrealista que novela es **Cristo versus Arizona** (37), publicada en 1988. Hasta en once ocasiones la tuberculosis es citada en esta obra: "John Doc Holliday murió tísico en 1887" (pág. 78); "la muñeca hinchable Jacqueline no tenía parásitos... ni bacterias de las enfermedades (tuberculosis, lepra...)" (pág. 112); "el entierro de Maggie Cedarvale... la pobre murió tísica", niña a la que hace referencia en las páginas 122, 137, 146, 153 y 198; "el mestizo Eddie Capellán tiembla porque tiene los huesos comidos por la tuberculosis... (pág. 178); "el indio loco, el monje jiboso, el turco tísico" (pág. 186); "tampoco es lo mismo matar a una mujer a disgustos o a golpes que ver como se muere tísica y mansa" (pág. 193); y "Jerome Doc Goodfellow curaba todo, tisis, reuma" (pág. 217).

En 1989 Cela es galardonado con el Premio Nobel de Literatura, algo por lo que llevaba trabajando casi cincuenta años. Tal concesión fue un acontecimiento que en nuestra piel de toro trascendió, y mucho, al mundo de las letras. Si ello turbó su brújula y alteró su rumbo vital, es algo que no podemos juzgar. Son muchas las horas de grata, enriquecedora y apasionada lectura las que le debemos como para no estarle agradecidos e inclinar el juicio sobre su peripetia y obra posterior. En cualquier caso, pensamos que su pluma tal vez ya había alumbrado lo mejor de su prosa algunos años antes.

Como ejemplo de los varios libros recopilatorios de infinidad de artículos publicados en periódicos y revistas, merece la pena recordar *El camaleón soltero* (4), editado en 1992 y compendio de los que con el mismo título salieron efímeramente en el diario *El Independiente* de Madrid. La tuberculosis, ¡cómo no!, aparece en varias páginas. Además de la nota autobiográfica a la que hicimos referencia en la página 2, CJC cita a la tuberculosis en otras cinco ocasiones: "los poetas son el antídoto de los políticos. Escolio: por eso los políticos los estrujan primero y después los aplastan, verbigracia, Federico García Lorca ante el piquete de asesinos... Miguel Hernández, tísico y en la cárcel" (pág. 81); "La ciudad deforma la cabeza y mina la salud de los perros y los niños, los hace tísicos y granujientos" (pág. 136); "El maestro Heinz Ruhmkorff, en su ensayo... dedicado a su cuñada y musa Elisabeth Lebinkarahisar, alias La Tísica" (pág. 375); "una vieja amiga con la que había coincidido antes de la guerra... en el Real Sanatorio del Guadarrama, en Navacerrada... hay tísicos que duran más que un pantalón de pana" (pág. 385); y quizá más autobiografía: "un mozo tísico que se va a la guerra porque se aburre, también porque necesita un poco de compañía" (pág. 497). Y no podemos olvidar el último de aquellos artículos (*Nenia por unas páginas libres*, 31 de octubre de 1991), acaso uno de los mejores réquiems escritos por el *éxitus* de un diario: "parece que se nos muere El Independiente... A don Camilo el del premio y a sus amigos... les duele que se nos vaya entre las manos a los españoles algo que quiso ser decente y que, por no abandonar la decencia, se dio de bruces con la muerte".

El asesinato del perdedor (38) ve la luz en 1994. En esta novela de difícil lectura, desarrollada en Galicia y construida sobre el suicidio de un joven provocado por las decisiones de un juez orate, Cela hace tres citas de la tisis, las tres marginales (págs. 37, 48 y 54). Valga de ejemplo: "La lluvia golpea sobre los cristales de la ventana mientras los enfermos del hospital, los leprosos, los sifilíticos, los tísicos... murmuran unos de otros".

En el mismo 1994 el autor publica *La cruz de San Andrés* (39), novela también con Galicia como trasfondo y en la que los personajes aparecen, desaparecen y reaparecen de forma caótica ("voy narrando por regurgitación... la crónica de un naufragio", nos dice en la pág. 146). La enfermedad específica aparece también aquí en varias ocasiones: "a ningún marido le pasaron nunca siete sucesos interesantes y reseñables en su vida, una lesión tuberculosa en cada pulmón, un metrallazo en el pecho" (pág. 14); "Mi marido tuvo una lesión tuberculosa en cada pulmón, eso es algo que les pasa a todos los maridos" (pág. 44); "Matilde Verdú no paraba de toser, no estaba tísica pero puede acabar estándolo" (págs. 45 y 213); "un año ganó

la etapa Orense-Verín en la vuelta ciclista a Galicia, pero ahora está tísico" (pág. 62); y "le gustaría que te preñase un tiñoso y te pegara la tiña y más la tisis" (pág. 78).

Madera de boj (40) viene al mundo en 1999. CJC tiene 83 años, y si antes no nos hubiera sorprendido mil veces, cuesta creer que esta crónica de naufragios y encantamientos, de mitologías y embarrancamientos, de supersticiones y hundimientos, haya podido ser escrita por un octogenario. Es su última novela y también está ambientada en Galicia, como si hubiera deseado cerrar el círculo acabando en sus orígenes. En estas páginas, lúcidas y vitales, un sinfín de argumentos se tejen y entretajan para crear un argumento que se adivina como un rumor de mar y de viento. En ella el autor cita a los tísicos en numerosas ocasiones: "no es cierto que se vuelvan tísicas las palilleiras de Camariñas... tísicas se vuelven las señoritas de tanto leer versos..." (pág. 27); "mal aire de excomulgado... de tísico" (pág. 32); "la sabia de Baíñas puede sanar hasta la tisis, también el cáncer si se coge a tiempo" (pág. 77); "y si la sangre mana de la boca, vamos, si se escupe, se debe confesar con un cura gordo, no con un cura flaco, para tísicos ya hay bastante con uno" (pág. 92); "los tísicos, los envidiosos, los cornudos... pueden contagiar su mal a los inocentes" (pág. 145); "el último arco iris de nueve colores de occidente. —¿Usted sabe que sólo se enseña a los artistas tísicos (poetas, acuarelistas, violinistas, gaiteros no porque pueden soplar)...?" (pág. 160); y "hay personas que se resisten más que otras a la invasión del demonio... los tísicos son más proclives" (pág. 280), además de otras referencias marginales en las páginas 176, 231 y 269.

Epílogo

Camilo José Cela pasa definitivamente a la inmortalidad cuando muere el 17 de enero de 2002. Deja atrás todo un mapamundi escrito, en el que al menos hay media docena de obras maestras. Una por una definen a un gran escritor. El conjunto le destaca. Quizá nadie haya afinado tanto como Francisco Umbral, su amigo, cuando en un diario de Madrid, al día siguiente de su muerte, le dedicaba el poema "Profesor de energía", del que recordamos sólo dos versos que todo lo dicen: "Cómo colmó su siglo a manos llenas.../...Hoy el 98 al fin se muere". Pensamos que si Cela sólo sirvió a la Literatura, ella le dio la gloria y se valió de él para ganar altura. Y no sabríamos cuál de los dos fue más generoso.

En este recorrido, necesariamente incompleto, por la obra de CJC hemos visto cómo la tuberculosis fue un argumento, un recurso y un adjetivo recurrente en muchas de sus páginas. Tal vez, la enfermedad que sufriera allá por su primera juventud le dejó, junto a las obligadas cicatrices pulmonares, otras no menos indelebles en los recovecos escondidos de la memoria, a la que él mismo había definido como "esa fuente del dolor" (41). Por ello, y porque el reposo al que le obligó, tal vez contribuyó a la reflexión y a despertar su escondido talento de escritor, pensamos que la tisis bien pudiera merecer la siguiente oda:

Tisis

Desde que Bios sobre Gea apareciera,
mientras tierras y mares se ordenaban,
por siglos esperaste agazapada,
para hacerte del hombre compañera.

Ajenos a la historia y a sus ruidos
navegan por el aire tus bacilos,
para ir a los pulmones tan queridos
y fundar allí tus callados nidos.

Entiendes de cuna y geografía
y por pelo y pluma has querencia,
sabes de inmunidad y economía
y a ningún tejido menosprecias.

Desde el cerebro, sesudo y confinado,
al idolatrado y ardoroso teste;
desde el hígado, proteico y purpurado,
al hueso que perdura tras la muerte.

O, desde la sutil pleura al pericardio,
y desde el riñón tamiz al tierno ovario,
en tu discurrir hemático y pausado
ningún rincón escapa a tu zarpazo.

Franz Kafka, Hammett, Bécquer, Eugene O'Neill,
Wells, Umbral, Chopin, Miguel Hernández,
O. Henry, Albert Camus, Cela, John Keats,
George Orwell, Modigliani, Aleixandre...

A unos soplo, a otros dentellada,
y en todos indeleble sello.
Mas, no te hinches de tu poder ufana,
que ninguno a ti debió el talento.

No sé quién ayer te tuvo más miedo,
si el paciente enfermo o su médico,
que por no nombrarte dieron rodeos,
y aún hoy te citan con recelo.

Y bien sabes que en el mañana incierto
del hombre no habrás de tener afecto;
aunque, del más sencillo al más complejo,
siempre podrás contar con el respeto.

Bibliografía

1. Cela CJ. La rosa. 2ª edición. Madrid: Espasa Calpe, S.A.; 2001. (El libro se publicó por primera vez en 1959.)
2. Cela CJ. Memorias, entendimientos y voluntades. 3ª edición (revisada). Barcelona: Editorial Plaza y Janés, S.A.; 1993.
3. Lanzarot M. Tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Cura higiénico-dietética. En: Jiménez Díaz C. Editor. Lecciones de Patología Médica. 3ª edición (tomo I). Barcelona: Editorial Científico Médica, S.A.; 1940. p. 507-516.
4. Cela CJ. El camaleón soltero. Madrid: Grupo Libro 88, S.A. Colección Letras Hispánicas. Edimundo, S.A. 1992.
5. Cela CJ. La familia de Pascual Duarte. 1ª edición. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. 1972. (El libro se publicó por primera vez en 1942.)
6. Cela CJ. Pabellón de reposo. 1ª edición. Barcelona: Destino libro. Ediciones Destino, S.A. 1977. (El libro se publicó por primera vez en 1943.)

7. Cela CJ. Viaje a la Alcarria. 7ª edición. Madrid: Colección Austral. Espasa-Calpe SA, 1973. (La obra se publicó por primera vez en Revista de Occidente, en 1948.)
8. Cela CJ. La colmena. 13ª edición. Barcelona: Editorial Noguer, S.A. 1973. (El libro se publicó por primera vez en 1951.)
9. Cela CJ. Garito de hospicianos. 3ª edición. Barcelona: Editorial Noguer, S.A. 1976. (El libro se publicó por primera vez en 1951.)
10. Cela CJ. Mrs.Caldwell habla con su hijo. Barcelona: Salvat Editores, S.A. 1970. (El libro se publicó por primera vez en Ediciones Destino S.A 1953.)
11. Cela CJ. La catira. 7ª edición. Barcelona: Editorial Noguer, S.A. 1976. (El libro se publicó por primera vez en 1955.)
12. Cela CJ. El gallego y su cuadrilla. 1ª edición. Barcelona: Destinolibro. 1976. (El libro se publicó por primera vez en 1955.)
13. Cela CJ. Judíos, moros y cristianos. 1ª edición. Barcelona: Destinolibro. 1979. (El libro se publicó por primera vez en 1956.)
14. Cela CJ. Del Miño al Bidasoa. 5ª edición. Barcelona: Editorial Noguer, S.A. 1974. (El libro se publicó por primera vez en 1956.)
15. Cela CJ. Nuevo retablo de don Cristobita. 1ª edición. Barcelona: Destinolibro, Ediciones Destino, S.A. 1980. (El libro se publicó por primera vez en 1957.)
16. Cela CJ. Santa Balbina, 37, gas en cada piso. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 7. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1989. (El libro se publicó por primera vez en la Revista Haz, en Madrid, 1952.)
17. Cela CJ. Timoteo, el incompredido. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 7. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1989. (El libro se publicó por primera vez en la Revista Clavileño en Madrid, 1952.)
18. Cela CJ. Café de artistas. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 7. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1989. (El libro se publicó por primera vez en Editorial Tecnos, en Madrid, 1953.)
19. Cela CJ. El molino de viento. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 7. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1989. (El libro se publicó por primera vez en Editorial Noguer, S.A., en Barcelona, 1956.)
20. Cela CJ. La familia del héroe. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 7. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1989. (El libro se publicó por primera vez en 1958.)
21. Cela CJ. Historias de España. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 7. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1989. (El libro se publicó por primera vez en, 1958.)
22. Cela CJ. Primer viaje andaluz. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 11. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1990. (El libro se publicó por primera vez en Editorial Noguer, S.A., en Barcelona, 1959.)
23. Cela CJ. Tobogán de hambrientos. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 14. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1990. (El libro se publicó por primera vez en Editorial Noguer, S.A., en Barcelona, 1962.)
24. Cela CJ. El solitario. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 24. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1990. (El libro se publicó por primera vez en 1963.)
25. Cela CJ. Las compañías convenientes. 1ª edición. Barcelona: Destinolibro, Ediciones Destino, S.A. 1981. (El libro se publicó por primera vez en 1963.)

26. Cela CJ. Once cuentos de fútbol. Madrid: Ediciones Almarabú. Textos Tímidos. 1986. (El libro se publicó por primera vez en 1963.)
27. Cela CJ. Izas, rabizas y colipoterras. 1ª edición. Barcelona: Editorial Lumen, S.A. 1975. (El libro se publicó por primera vez en 1963.)
28. Cela CJ. Viaje al Pirineo de Lérida. 7ª edición. Barcelona: Editorial Noguer, S.A. 1983. (El libro se publicó por primera vez en 1965.)
29. Cela CJ. Páginas de geografía errabunda. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 11. Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1990. (El libro se publicó por primera vez en Ediciones Destino, S.A., en Barcelona, 1965.)
30. Cela CJ. Diccionario secreto 1 y 2. Madrid: Alianza Editorial, S.A. 1974. (El tomo 1 se publicó por primera vez en 1969 y los dos volúmenes del tomo 2 en 1971.)
31. Cela CJ. Diccionario del erotismo Tomos I y II. Barcelona: Ediciones Grijalbo, S.A. 1984. (El tomo I se publicó por primera vez en 1976 y el tomo II en 1982.)
32. Cela CJ. Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid. 1ª edición. Madrid: Alianza Editorial, S.A. 1984. (El libro se publicó por primera vez en 1969.)
33. Cela CJ. Fotografías al minuto. Madrid: Sala, Organización Editorial. 1972.
34. Cela CJ. Oficio de tinieblas 5. 1ª edición Barcelona: Argos Vergara, S.A. 1979. (El libro se publicó por primera vez en 1973.)
35. Cela CJ. Rol de cornudos. Barcelona: Editorial Noguer, S.A. 1976.
36. Cela CJ. Mazurca para dos muertos. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A. 1983.
37. Cela CJ. Cristo versus Arizona. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A. 1988.
38. Cela CJ. El asesinato del perdedor. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A. 1994.
39. Cela CJ. La cruz de San Andrés. Barcelona: Editorial Planeta, S.A. 1994.
40. Cela CJ. Madera de boj. Madrid: Espasa-Calpe, S.A. 1999.
41. Cela CJ. La memoria, esa fuente del dolor. En: Cela CJ. Obras Completas. Volumen 2 (Baraja de invenciones). Barcelona: Ediciones Destino, S.A. y Editorial Planeta-De Agostini, S.A. 1990. (El libro se publicó por primera vez en 1953.)